

FUNCIÓN PARENTAL EN LA CONSTITUCIÓN DE LA FEMINIDAD

MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: mitzi.miriam.l@gmail.com

Recepción: 28 abril de 2022/ Aceptación: 27 mayo de 2022

RESUMEN

El artículo identifica aspectos de la función parental que intervienen en el desarrollo libidinal de la niña, implicados en el devenir de una feminidad molesta y displacentera. Se describe cómo el vínculo madre-hija pone en escena estragos por la frecuente y latente amenaza de fusión. Se enfatiza lo difícil y doloroso que resulta para la niña la separación con ese primer gran amor, y la remanida hostilidad que conlleva dicho el vínculo. A su vez, se repara en cómo ésta relación pone en juego la valorización de la feminidad y desarrollo de la sexualidad de la niña. Asimismo se aborda cómo el vínculo padre-hija opera en la constitución de la heterosexual, como agente libidinizador-seducor de su hija; y de que manera, él contribuye a la valorización de su feminidad. Siendo que las tareas más importantes del padre, será separar la dualidad madre-hija, y establecer una adecuada verbalización de la prohibición del incesto.

Éste apartado tiene la intención de promover el devenir de una subjetivación femenina que propicie que las mujeres se identifiquen positivamente con su género, en tanto se muestran algunas pautas de la función parental que pueden coadyuvar a la constitución del sentido una feminidad más satisfactoria.

PALABRAS CLAVE: displacer, feminidad, función parental, malestar, padre, psicoanálisis, vínculo madre-hija.

SUMMARY

The article identifies aspects of the parental function that intervene in the girl's libidinal development, implicated in the evolution of an annoying and unpleasant femininity. It describes how the mother-daughter bond plays havoc due to the frequent and latent threat of fusion. It emphasizes how difficult and painful the separation from that first great love is for the girl, and the remnant hostility that said bond entails. At the same time, it is noted how this relationship puts at stake the valorization of femininity and the development of the girl's sexuality. It also addresses how the father-daughter bond operates in the constitution of the heterosexual, as a libidinizing-seductive agent of her daughter; and in what way, he contributes to the valorization of her femininity. Being that the most important tasks of the father, will be to separate the mother-daughter duality, and establish an adequate verbalization of the prohibition of incest.

This section intends to promote the future of a female subjectivation that encourages women to identify positively with their gender, while some guidelines of the parental function are shown that can contribute to the constitution of a more satisfactory sense of femininity.

KEYWORDS: displeasure, discomfort, father, femininity, mother-daughter bond, parental function, psychoanalysis.

RÉSUMÉ:

L'article identifie des aspects de la fonction parentale qui interviennent dans le développement libidinal de la fille, impliqués dans l'évolution d'une féminité gênante et désagréable. Il décrit comment le lien mère-fille fait des ravages en raison de la menace fréquente et latente de la fusion. Cela souligne à quel point la séparation d'avec ce premier grand amour est difficile et douloureuse pour la fille, et l'hostilité résiduelle que ce lien implique. En même temps, on note comment cette relation met en jeu la valorisation de la féminité et le développement de la sexualité de la fille. Il aborde également comment le lien père-fille opère dans la constitution de l'hétérosexuel, en tant qu'agent libidinisant-séducteur de sa fille ; et de quelle manière, il contribue à la valorisation de

sa féminité. Etant donné que les tâches les plus importantes du père, seront de séparer la dualité mère-fille, et d'établir une verbalisation adéquate de l'interdiction de l'inceste. Cette section entend promouvoir l'avenir d'une subjectivation féminine qui encourage les femmes à s'identifier positivement à leur genre, tout en montrant certaines lignes directrices de la fonction parentale qui peuvent contribuer à la constitution d'un sens plus satisfaisant de la féminité.

MOTS CLÉS: inconfort, féminité, fonction parentale, lien mère-fille, mécontentement, père, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN.

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer en la feminidad [1]. Se presenta con el objetivo de mostrar aspectos de la función parental que intervienen en la constitución femenina para que aparezca o no algún tipo de problemática en la mujer.

El pensamiento psicoanalítico acerca de lo femenino, ha efectuado numerosas revisiones con diferentes modelos clínicos-teóricos. Tenemos hoy en día a nuestra disposición una gama amplia de estudios que han re-examinado el complejo proceso de la constitución tanto de la identidad psicosexual como la de género. Sin embargo para los fines de esta apartado, sólo abordaremos cómo es que el papel del padre y el vínculo con madre inciden de forma particular en la estructuración femenina de su hija.

La niña en su desarrollo debe atravesar una serie de vicisitudes para llegar a hacerse mujer. En éste proceso participan tanto elementos del ámbito psíquico y del ámbito social que contribuyen para que el desarrollo de la niña, sea más complejo que el del varón. Freud 1932 [2] revela que el desarrollo de la niña pequeña hasta la mujer normal, es más difícil y complicado que en el varón, pues incluye dos tareas adicionales que debe realizar; el cambio de objeto y el cambio de zona erógena. Así el displacer de la feminidad que deviene del ámbito psíquico, principalmente acontece de las vicisitudes de la castración que la niña debe atravesar en su desarrollo libidinal. Igualmente en el ámbito social, la niña en su desarrollo debe sortear el impacto doloroso de una feminidad preformada por la cultura que resulta ser molesta.

El malestar y displacer de la mujer que subyace de la feminidad, es enfrentar la triste realidad, de que se sigue identificando como sellos femeninos a la pasividad, y la condición de ser de objeto de deseo de algún otro. Aun cuando en la actualidad irrumpen cambios favorables para la mujeres, lamentablemente dichos cambios siguen siendo insuficientes para abatir aquellos problemas de índole femenino; la desautorización a la feminidad en la vida anímica de los seres humanos que destaca Freud en 1937 [3] no se ha logrado superar.

Éste marco desfavorable de lo difícil y complicado que puede resultar ser una mujer, trae consigo una serie de consecuencias psíquicas y sociales para ella, mismas suscitan una serie de dificultades y de síntomas clínicos, que las llevan a acudir a consulta.

Es así que este trabajo, tiene el propósito de acercarnos a la constitución de la identidad femenina, desde horizonte de la función parental. Describiremos como el vínculo madre-hija es primordial en el desarrollo de la feminidad; ya que la valorización de la feminidad; la sexualidad, la identificación con lo femenino y el proceso de separación-individualización se ponen en juego en esta relación. También se abordará el papel del padre en la constitución de la feminidad; en su función de separar a la hija de la madre, como agente libidinizador de la sexualidad de su hija, y como el trasmisor de la prohibición del incesto, ley a la que él también debe estar sometido.

VÍNCULO MADRE-HIJA

Podemos coincidir qué para hablar de la feminidad, una tarea compleja y controversial, el psicoanálisis ofrece el recuento más completo y detallado de la constitución psíquica de la subjetividad femenina. Es desde esta perspectiva que hemos tomado noticia, que en el caso de la estructuración femenina, el vínculo madre e hija es esencial para acceder a la feminidad.

Todo comienza desde la época más temprana, la participación de la madre en el desarrollo de la feminidad de su hija empieza desde su nacimiento, en la forma en cómo la madre acoge a su hija por ser niña, acogida que marcará sin duda alguna el destino de su futura feminidad. Dio Bleichmar, E. en 1997 [4], manifiesta que estereotipos de lo que significa ser mujer, estarán presentes en la mente de la madre durante la llegada de su hija, para la autora comienza allí la jerarquía y la preferencia por un géne-

ro que teñirá la relación madre-hija, devendrán una serie de enunciados que darán una valoración inicial al sexo de su hija. “Una madre decía: ¡otro valle de lágrimas! acuñando tiernamente a su hija pero imbuida de un gris «pre-sentimiento»”(316) [4]. Cuando la niña llega al mundo, se encuentra lamentablemente con enunciados de una feminidad devaluada; esa madre en su propia experiencia de vida lo ha vivido, y reproduce con su hija enunciados de una inferioridad femenina.

Esto nos recuerda a la violencia primaria que traza Aulagnier, P. en 1977 [5], la voz de la madre ofrece un material psíquico estructurante solo por haber sido ya remodelado por su propia psique, la violencia primaria es un discurso que anticipa a todo entendimiento, y es necesaria en tanto permite al sujeto el acceso al orden humano, el discurso materno se dirige a una sombra hablante proyectada sobre el cuerpo del infans, de ahí que se espera de la madre, un sentimiento de amor hacia el infans y un acuerdo con el discurso cultural de la función materna.

Pareciera que el nacimiento de una niña puede no despertar alegría y orgullo en la madre, el mal augurio o también la estimación futura de que su hija se convierta en una rival que le usurpe su lugar, su estima y hasta su marido, puede trastornar su vínculo, estructurándose desde el inicio una ambivalencia entre madre e hija [4].

Sin embargo, a pesar de ese destino inmutable que le espera a la hija, a pesar del pesar, esa madre atenderá a su hijita con ternura...pero es más probable que su pesar curse como una tonalidad depresiva que puede incluir disforia, irritabilidad, hosquedad y mal contacto. (316) [4].

Dio Bleichmar [4], propone una feminidad primaria que deviene antes de la diferencia anatómica de los sexos, esta feminidad nos ayuda a explicarnos como la relación temprana madre-hija contribuye a una identificación inicial de la niña con el género femenino en lo que respecta a la maternidad. Es la identificación de la niña con la madre como su otra igual e ideal, si bien todavía no se puede hablar de lo propiamente femenino, la niña ya sabe que es igual a la madre. Este ideal, no implica que la niña no pueda sentirse rencorosa, defraudada o carente de amor y cuidados por parte su madre, pero estos sentimientos no corrompen a la feminidad primaria, puesto que dicha feminidad está más bien relacionada con el lugar que ocupa el interés materno de cuidar la vida de las personas que no se asocia a sentimientos de carencia ni de falta.

Freud [2] señala que el extrañamiento de la niña hacia la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, esto es, que la ligazón-madre termina acabando en odio, mismo que puede durar toda la vida, aunque por lo común una parte de él se supera, pero otra permanece. Tal hostilidad podría originarse por una serie de reproches hacia la madre, como: haber suministrado poca leche, pérdida del pecho materno, el nacimiento de un hermanito, la prohibición de la masturbación etc., sin embargo, todos estos reproches, aunque son relevantes, también ocurren en el varón sin ser capaces de enajenarlo del objeto-madre. Entonces lo que se halla de específico en la niña que no se encuentra de la misma forma en el varón, reside en el complejo de castración, de modo que para Freud la separación con la madre y la hostilidad que se deriva de ella, tiene su génesis a partir de la percepción de la diferencia anatómica de los sexos.

En cambio Levinton, N. en el 2000 [6] interpreta que el origen de esta remanida hostilidad, ocurre antes del factor anatómico de la diferencia de los sexos, al ser la madre quien privilegiadamente frustra a su hija; con limitaciones, restricciones, prescripciones, sanciones etc., es decir, reglamentará la organización de la vida cotidiana de su hija, y luego más tarde en la pubertad será quien se encargue del control de su sexualidad. También, otro factor que opera en la compleja relación madre-hija, puede hallarse en el hecho de que la madre aparecerá como alguien devaluado, alguien con limitado poder domestico, derivado de la asimetría y desigualdad de poder entre los sexos.

Levinton [6] comenta, que debido a que la niña es igual a la madre, en cuanto a que son del mismo género, se tenderá a fusionar y confundir con ella, hecho que también afecta a la madre, pues las madres tienden a no experimentar a sus niñas como separadas y diferentes de ellas. Si bien los sentimientos de unidad, de fusión y de continuidad, son sentidos de la madre entre cualquier sexo del hijo, parecen ser más fuertes y prolongados entre madres e hijas mujeres. Esta forma de vínculo con fuertes tintes de ambivalencia, estará impregnado de movimientos de acercamiento pero también intentos de discriminación y autonomía ante la amenaza de fusión.

Esta posesión de las hijas por las madres que tiene como escenario principal la etapa preedípica, establece la predisposición a un vínculo donde la dependencia es el rasgo más característico en las mujeres, cuya consecuencia será un proceso de narcisización

del apego, es decir su subjetividad estará determinada por un sentimiento de sí misma donde amar y ser amada ocupará el epicentro de su mundo interno. [6]

Según la propuesta de Levinton, esta narcisización del apego, tiene especial incidencia en la génesis del superyó femenino, toda vez que lo más temido en una niña en esa etapa es “la falta de aprobación y la amenaza de la pérdida de amor, bajo la forma de «si no eres buena/obediente/complaciente...mama no te querrá» que es lo mismo que la niña ve en la escena adulta, porque mama se estremece si no la quieren” (131) [6]. Es así que la hipótesis de Levinton sugiere que “lo temido como desaprobación de la madre como figura central de apego y dependencia pasa a internalizarse como temor a la desaprobación del superyó” (132) [6]. Será un superyó femenino que se deriva principalmente de la relación de la niña con su madre, de la introyección de un modelo por identificación primaria en la etapa preedípica, asociado a los rasgos maternos ligados al cuidado de vida y la preservación de las relaciones, que serán el núcleo fundamental de lo que se constituirá como un imperativo categórico de género.

Navarro, D. en el 2007 [7] describe las frecuentes dificultades y malestares que viven las mujeres, a causa de una fuerte vinculación de odio o amor con la madre. El vínculo madre e hija da pie a que las mujeres ocupen un lugar primordial en las consultas, pues son muchas las quejas, sufrimientos e insatisfacciones, que acontecen de la frecuente dificultad de éste vínculo. La pasión primitiva por la madre la deja marcada de por vida, esto se verifica una y otra vez en el análisis de mujeres, aunque ese amor regularmente sólo se descubre en las dificultades y complicaciones con sus objetos amorosos. El estrago también se puede presentar en la adolescencia o en momentos donde el ser mujer se pone en juego, (maternidad, parto, acto sexual, aborto). Estados que suelen trastornar a la mujer, por el exceso de proximidad entre ambas y la dolorosa separación. Tales estragos, son en cierta medida el pago para calmar la rabia de la madre, como por ejemplo; cuando la hija cede a la madre uno de los hijos. El pago tiene que ver con el intento de terminar con esa relación devastadora.

Freud en 1931 [8], en cuanto a que el primer objeto de amor de la niña es la madre, refiere que dos hechos en particular llamaron su atención en sus observaciones clínicas: el primero es que cuando existía una ligazón-padre muy intensa, había sido precedida por una ligazón-madre de igual intensidad y apasionamiento. El segundo hecho, es que

la duración de esa ligazón-madre, en la mayoría de los casos llegaba a la edad de cuatro o cinco años, por tanto, abarcaba la parte más larga del florecimiento sexual temprano. Estos hechos le hicieron ver a Freud, que la fase preedípica de la mujer deja espacio para todas las fijaciones y represiones que conducen la génesis de las neurosis. Otra conclusión a la que llega, es que en esa dependencia hacia a la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer.

Para Helene Deutsch en [6], la problemática femenina, no es otra que el retorno a la antigua relación con la madre. La autora, a partir de observaciones de muchachas que consultaron un psicoanalista por tener dificultades para adaptarse a un medio, que les obligaba a ser libres y modernas, llega a la conclusión, de que tales dificultades se explicaban a partir de un rasgo esencial en la feminidad, la tendencia hacia la pasividad y por tanto la intensificación del masoquismo. Dicha situación tiene que ver con fallas, en relación al cambio de objeto, que según su concepto jamás tiene lugar completamente, recalcará que en todas las fases de desarrollo de la mujer, puede observarse claramente la adhesión a su madre. De los intentos para desprenderse de esa adhesión, dependerá su equilibrio psicológico y su destino estará condicionado muchas veces por el triunfo o fracaso de esos ensayos. Un ensayo fallido caracteriza a las jóvenes estableciendo relaciones con personas de ambos sexos, dominadas por la dependencia y la gran necesidad de apoyo.

Astorga, V. en 2009 [9], remarca lo difícil y complicado que es para una mujer desujetarse de su madre, y cómo esa condición puede hacer que una mujer, se convierta en fálica. Esa que evoca a la mujer omnipotente, mandona, controladora; nombrada como la bruja, la madre mortífera, persecutoria e intrusiva; la que protesta, castra y descalifica al hombre. Aquella que seduce para atrapar al hijo, pero que también aparece como la “madre perfecta” que sacrifica su vida personal para dedicarse a ellos “en cuerpo y alma”. El problema central es la dificultad de la madre de separarse del hijo, él la complementa, el hijo es su falo, a diferencia de la histérica, donde ella es el falo. De ésta manera lo que puede originar que una mujer sea fálica, es que esa mujer haya sido sujeta por su propia madre, entonces a ella le será difícil desujetar al hijo. Si bien al principio es necesario que la madre e hijo estén sujetos, la ruptura con la madre es una necesidad biológica y psíquica. El fantasma de la completud necesario para vivir y

crecer, debe después hacer factible la separación. Sí, la función de la madre fálica es necesaria al principio, hace presente la castración como trama estructural, pero paulatinamente tiene la madre que desujetar a su hijo para permitirle ser sujeto, pasaje decisivo de bebe-posesión a hijo-otro; es éste un momento en que la mujer se enfrenta ampliamente con la angustia de castración. Así la mujer que no fue desujeta por su madre, no puede enfrenar las separaciones; en todo caso la mujer resigna en algún sentido su demanda de pene, e intenta obtenerlo bajo la forma de hijo, tiene la fantasía de completarse con el bebe.

Mejorada, L. en 2009 [10] explica que las mujeres están destinadas a luchar contra la fusión materna para poder acceder a lo simbólico. Para esa autora la niña vive una angustia de partición en su cuerpo desde el momento en que se separa de su madre al nacer; sin embargo una parte de su madre coexistirá en ella; vale decir que la mujer se encuentra ante una eterna amenaza de la integridad narcisística, de correr el riesgo de quedar atrapada en la relación dual con la madre. La relación primitiva con la madre, será objeto de una poderosa atracción siempre activa.

Por su parte Dolto, F. En 1996 [11] partiendo de numerosas observaciones clínicas, exhibe la importancia del vínculo madre-hija en varios aspectos en el porvenir de la sexualidad de la niña. Uno de ellos es el papel de la madre en la valoración del sexo de su hija, plantea que contrariamente a lo que pensaba Freud, en todos los casos en que la madre no se ha negado a dar respuestas acordes con la verdad a las preguntas de las niñas, se supera rápidamente la decepción de no poseer un pene, ya que al ser escuchadas sin reproche y otorgarles un significado a las sensaciones genitales que experimentan en la etapa vulvo-clitoridiana (de los 25 a los 30 meses), surge “el honor de tener una vulva y, en el sexo, «un agujero como un botón»...La niña se dice a sí misma que esta hecha como las mujeres, como esta hecha su madre” (103) [11].

Siendo que en esta etapa la madre es vista como fálica y por lo mismo símbolo de todo poder y de todo saber, es absolutamente necesario la valoración explícita e implícita del sexo de su hija, para el porvenir de la sexualidad y de la personalidad de la futura mujer; en cambio cuando la curiosidad y los descubrimientos de sensaciones autónomas que la niña se da a sí misma, se reprochan o se estimulan con concupiscencia por una madre fóbica infantil, se promueven acontecimientos traumatizantes en su catexis eró-

tica o en su valoración fálica de la niña, lo que hace aparecer la represión de las pulsiones genitales y la eclosión de síntomas neuróticos [11].

Asimismo, una madre angustiada en su función fálica que humilla la expresión de la sexualidad de su hija cuando esta experimenta deseos edípicos, provocará que tomen la forma de una prohibición de seducción femenina; la niña sentirá que puede hacer peligrar o suplantar a su madre, y si por esa razón aparece una estimulación voluptuosa aparece el cuadro clínico de la sobreactivación del complejo de virilidad intranarcisista (que antes existía en la niña preedípica); en donde no es raro que la masturbación acapare la mayor parte del tiempo de esta niña [11].

También nos dice Dolto [11], qué si la niña asiste a una escena de relaciones sexuales de una pareja o de sus padres, o bien lo escuche por otros niños en plena etapa edípica, puede producirse un traumatismo; todo dependerá de la situación emocional existente entre la madre y la hija; ya que como en esta etapa la angustia de violación actúa como estimulante de voluptuosidad genital; recurrirá a la madre buscando seguridad, pero solo si la madre es comprensiva dará una buena acogida.

Si asiente sobre la exactitud de los hechos y agrega las nociones de deseo y placer que forma parte de la vida sexual de los adultos, así como de la fertilidad eventual como efecto del coito, esta acogida abrirá el camino del desarrollo libidinal genital sano. Cuanto peor acogida reciba la niña y menos aclaraciones le den, tanto más culpabilizará sus pulsiones genitales (130-131) [11].

Una explicación dada por la madre después de esta confidencia, permite que el acontecimiento no sea traumático y por ende surja la serenidad del sentimiento de pertenecer al sexo femenino. De ahí la importancia de que la madre no castigue o niegue el hecho, afirmar la realidad de la penetración de la mujer por el hombre que la niña observó o se enteró, acompañada de una explicación de la motivación voluptuosa de este hecho, permite que la hija acceda a la comprensión del papel complementario del hombre y la mujer cuando son adultos, que se trata de placer natural no de disgusto ni de dolor [11].

Otro aspecto que se ve influenciado por el vínculo madre-hija, es que se pueden ver obstaculizadas las primeras atracciones heterosexuales en la niña, que según las observaciones de Dolto [11], se deben presentar en las niñas alrededor de los cuatro o

cinco meses; si esas no se dan y la niña no acoge con entusiasmo los acercamientos amistosos de un representante del sexo masculino de su ambiente, es porque la madre está afectivamente cerrada a los hombres, pues cuando la madre tiene sentimientos positivos hacia ellos, la hija se sentirá indefectiblemente atraída por ellos.

Otra situación que distingue Dolto [11] en la relación madre-hija y que compete al desarrollo de su feminidad, es cuando las madres suelen estimular constantemente el adorno de sus hijas, así como una política de seducción a los hombres, tales madres cortocircuitan por así decir, la evolución libre de la sexualidad de su hija, y es que en varias ocasiones el encuentro de una joven con un muchacho le puede resultar peligroso, debido a que pueden proyectar su fertilidad posible o bien algunas veces hay una angustia de violación no resuelta. Por ello, de nuevo es importante un intercambio con la madre de aclaraciones pertinentes, de no ser así, se corre el peligro de que la joven llegue a pensar qué ante la falta de deseo de acercarse a un varón, es frígida, y en ocasiones para liberarse de ese temor puede ceder a la presión, acercarse a los varones y embarazarse para asegurarse de que son mujeres al menos para la concepción. Entonces, si a la niña la educa una mujer que es dadora de significados, es maternal, comprensiva, y sexualmente satisfecha por un hombre de comportamiento paternal con la niña; Dolto dirá, que todo esta en su sitio para la constitución de un comportamiento emocional femenino poderoso, así como un comportamiento sexual futuro no frígido [11].

Mc Dougall, J. en 1998 [12] concuerda con la idea de que la madre debe valorizar la feminidad de su hija, al mismo tiempo que la madre desee y estime al padre, pues si oye de su madre hablar mal de los hombres; por ejemplo, que se aprovechan de las mujeres, la niña tendrá dificultades para amarlos y separarse de la madre.

Así también Mc Dougall [12], recalca la importancia de que la masturbación de la niña sea vista por la madre como una expresión normal de la sexualidad infantil, dado que si es contrarrestada por coacciones expresadas de forma severa por la madre, en su afán de controlar sus propias angustias y dominarlas a través del control corporal de su hija, aumenta el riesgo de que más tarde se provoquen problemas neuróticos.

En la fase Edípica, la niña tiene la tendencia a temer que la madre ataque y destruya *todo su interior* para castigarla por el deseo de ocupar su lugar, de jugar eróti-

camente con el padre y recibir un hijo de él. El varón teme ser castrado como castigo por sus prácticas y fantasmas masturbatorios, mientras que la niña teme la destrucción de todo su cuerpo. En otras palabras el castigo de la masturbación sería la muerte (35) [12].

Por otra parte, Mc Dougall [12] enuncia otra situación que acontece en la niña, que es lo difícil que le resulta la superación del vínculo homoerótico y profundo con la madre, en tanto los vínculos homosexuales no son del todo evacuados por la envidia del pene.

La niña quiere poseer sexualmente a la madre, tener hijos con ella y ser amada por ella en exclusividad en un mundo que excluye a los hombres. Al mismo tiempo, quiere ser un hombre como su padre, poseer sus órganos genitales y las cualidades ideales que les atribuye (39) [12].

Para Mc Dougall emergerán síntomas e inhibiciones en la mujer ante tales investiduras homosexuales: como es el caso de las eternas escenas conyugales; los problemas sexuales; los conflictos con los hijos, los colegas o los amigos; los bloqueos intelectuales o artísticos. Tras dichos síntomas e inhibiciones se puede revelar en la intimidad del diván una contracara homosexual.

En la misma línea Green, A. en 1986 [13] reafirma, que como en la niña la situación edípica le requiere el desprenderse de su objeto homosexual original, que es la madre, para luego investir un objeto heterosexual, que es el padre, es muy posible que la homosexualidad latente o sublimada desempeñe un papel más importante en la mujer que en el hombre, sobretodo en la pubertad, por eso no es raro que a manera de defensa se presente un vínculo paranoide de una hija con su madre, el cual esconde en el inconsciente su homosexualidad latente.

PAPEL DEL PADRE EN LA CONSTITUCIÓN DE LA FEMINIDAD

Previamente describimos como el vínculo madre-hija es esencial para entender las dificultades o no, que atraviesa la mujer en su estructuración femenina; pues bien, el papel del padre también es esencial en el desarrollo de la feminidad.

Freud [8], nos muestra la importancia que desempeña el padre en el desarrollo de la niña a la mujer; para Freud, si todo resulta de manera más conveniente en la configuración femenina, la niña toma al padre como objeto de amor. Así el desarrollo desem-

boca en la feminidad normal, aquella donde la mujercita halla la forma femenina en el complejo de Edipo y no en un complejo de masculinidad, inhibición de la sexualidad o la neurosis.

Freud en 1924 [14] afirma que el ingreso de la niña al Edipo, ocurre porque la castración es un hecho consumado; la entrada al Edipo, se da por la renuncia al deseo del pene, debido a que no se soportaría sin un intento de resarcimiento, éste deseo se desplaza bajo la forma de una ecuación simbólica: pene=hijo; es decir, su complejo de Edipo culmina en el deseo de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo; el Edipo es abandonado después poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual.

Navarro [7] enfatiza que derivado a que la niña para acceder a la feminidad, debe virar al padre, y en éste tránsito realizar un difícil duelo de ese primer y gran amor que es la madre; el padre, debe estar ahí para sostenerla, debe ser un padre que esté vivo, no basta con un padre simbólico, ya que cada mujer deberá debatirse con el lazo que la une a su propia madre para así poder acceder a identificaciones femeninas o maternas.

De esta manera, dentro de las funciones del padre en el desarrollo de la niña; es la de separar a la hija de su madre. En ésta misma línea Saal, F. en 1981 [15] alude; que es el padre, el que separa a su mujer/madre de su hijo, del que teme ser desplazado por la completud que el hijo le proporciona, el padre hace la función de separación y corte en la relación diádica de la niña con la madre, condición necesaria para que pueda haber sujeto.

El psicoanálisis ha reconocido la importancia del amor temprano del varón hacia al padre, Freud en 1921 escribe; “El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal” (99) [16]. Al respecto Benjamín, J. en 1996 [17] puntualiza, que efectivamente este amor al padre en donde se le idealiza, es porque posee lo que al varón le gustaría tener, ser el propietario del deseo. Al ser esto así, la autora propone que la clave de la ausencia del deseo en las mujeres, es el padre

que falta para identificarse; no obstante, la necesidad del propio padre de afirmar su diferencia con respecto a las mujeres, le hace difícil reconocer a la hija como reconoce al hijo, en todo caso sólo la vea como un objeto sexual naciente.

El repliegue del padre empuja a la niña a la madre...las niñas enfrentan de un modo más directo la dificultad de separarse de la madre y su propio desamparo. Sin la protección del símbolo fálico...sin el sostén de una relación alternativa, renuncian al derecho de desear...les queda por delante toda una vida de admiración a individuos que salen con su sentido de omnipotencia intacto, y ellas expresan esa admiración en relaciones de sumisión abierta o inconsciente. Al crecer idealizan al hombre que tiene lo que ellas nunca tendrán: poder y deseo” (139) [17].

Entonces para la autora las niñas tienen la misma necesidad de identificarse con el padre, pero éste ofrece seducción en lugar de identificación.

Ante ésta situación, nos podríamos cuestionar si la condición de la femineidad podría mejorar bastante, si acaso a la niña se le permitirá identificarse con su padre; muy probablemente coadyuvaría para que la separación con la madre fuera menos dolorosa y paralelamente con ésta identificación, la polaridad entre los géneros podría ser menos desfavorable.

Dolto acentúa el valor del padre en el desarrollo de la niña de la siguiente manera:

El papel de la madre que es absolutamente dominante...sólo lo puede desempeñar cabalmente una madre cuya persona física y simbólica este valorizada por el padre. En caso contrario, la niña quedará atrapada en una situación dual, de cuerpo y corazón, que le impedirá identificarse con la madre introyectando su sexo (90) [11].

Cuando el comportamiento del padre valoriza a las mujeres, hará que se desarrolle en la niña una libido fálica al servicio de la persona femenina, en el plano personal y genital. Numerosas observaciones de la autora, le hacen afirmar que si la niña adquiere la certeza de que su padre la deseó niña y, como tal a imagen de su madre sin pene, aceptará muy rápidamente su característica sexual, como una gratificación personal y de una promoción maternal [11].

Dolto [11], añade también la importancia que tiene el padre en la resolución edípica de la niña. Confirma que en el momento en que la niña llega al planteamiento del Edipo, el

acercamiento libidinal con el padre se acompaña de acercamientos tiernos inhibidos, o bien movimientos activos hacia él, todo dependerá si el padre es pasivo o activo, toda vez que la atracción que en su propio cuerpo no pueda dominar totalmente, es una atracción “cosificante”: ¿qué hará el otro de mí, si se me acerca demasiado? Esta modulación, más inhibitoria que masoquista, se debe a la diferencia de tamaño corporal entre la niña y el adulto deseado, permite la continencia de la tensión erótica, aunque también genera narcisismo si se tiene éxito, se trata de provocar para luego retirarse a refugiarse con la madre.

La niña no quiere una penetración en un cuerpo a cuerpo, sino la atención electiva centrada en ella de parte de un representante del sexo masculino: quiere ser el centro de los vectores pulsionales del macho, pero una distancia corporal que le impida la consumación (122) [11].

Es importante que el padre respete la libertad y el disimulo de la niña, de ser así, la niña podrá sentir libremente las tensiones no sometidas al peligro de una consumación o a la amenaza de una violación, a la par se promueve la adaptación genital de la niña a su propio sexo y a sus deseos, trazando el escenario para la resolución edípica. En cambio, la resolución del Edipo no es posible, si la niña no logra verbalizar las emociones de su atracción por su padre, y no recibe de éste una adecuada verbalización de la prohibición del incesto, ley a la que él también debe estar sometido. Es absolutamente necesario que mientras ella lo seduce, él le asegure su castidad en su relación de “afecto”, y así acceda a la fantasía de la escena primitiva que le permita desprenderse de los restos incestuosos con respecto a sus padres [11].

Para Dolto [11], la angustia que prevalece como más significativa en la mujer, es la angustia de violación, una angustia resultante de los fantasmas edípicos que se caracterizan por el deseo de un hijo verdadero depositado en ella por penetración del pene paterno, pene que ella desea obtener y que conlleva a una rivalidad con la madre. En las niñas la angustia de violación se supera gracias a la renuncia sexual consciente de la hija al sexo de su padre. La resolución edípica y el duelo de su ensueño de maternidad incestuosa que puede darse incluso hasta la pubertad, traerá consigo la sublimación de las pulsiones genitales, y sus opciones genitales serán fuera de la familia; pero sólo será posible si el comportamiento del padre no es ni seductor ni equívoco al respecto.

Dolto [11] indica, que el papel del padre será formador si apoya a su hija en sus proyectos sociales y en sus iniciativas de independencia. En caso contrario, el papel del padre es patógeno, si incurre escenas de celos paternos, pues ella puede pensar que es demasiado frágil y poco capaz de resistirle, conducta que no asegura su castidad y por ende puede obstaculizar la resolución edípica.

Mc Dougall [12] coincide en que la niña tiene que oír del padre; que él valoriza su femineidad y que la madre es el objeto de su amor. Siendo que cuando un padre enseña a su hija que las mujeres son débiles, menos inteligentes y estimables que los varones, existe la posibilidad de que la niña tenga una imagen narcisista dañada de sí misma, de su sexo y de que los hombres le susciten miedo, desconfianza, odio e incluso envidia destructiva.

Así también, un padre que es indiferente o ausente, y que por esta razón deja exclusivamente a la madre la responsabilidad del cuidado de la niña, o que se de el caso de que el padre permita ser desinvertido o excluido por la madre; en ambos casos, se corre el riesgo de delegar en la hija el rol de obturar las necesidades libidinales y los problemas inconscientes de la madre, la hija se convertirá en su prolongación narcisista, y con ello el riesgo de instalar un núcleo de conflictos en las relaciones futuras de la hija [11].

Dio Bleichmar [4], describe que el papel libidinal del padre es importante en la constitución de la heterosexualidad de la niña, está relacionado a la sexualización que puede generarse en la experiencia de la niña a través del voyerismo del adulto varón.

El padre libidinal acaricia, juega, se siente seducido por la gracia y la estética de su hija y seduce...a través del descubrimiento de una intensidad de la mirada. "Mirada envolvente", "mirada penetrante", "mirada rara", "mirada especial", "extraña" y "distinta"...mirar-ser mirada...el terreno más frecuente de experiencia de la seducción infantil padre-adulto niña...Mirada inaugural de un significado que de ahora en adelante la niña poseerá y del que no podrá desembarazarse ya que se halla implantado en su cuerpo como su carne misma: su cuerpo, aun vestido, contiene el atributo de *provocar una mirada que la desnuda* (257-258) [4].

El adulto deberá ante el acto del descubrimiento erógeno de la niña, disfrazarlo o reprimirlo, para que sea una seducción que no constituya un abuso sexual. Y es que el

padre será quien contribuya a la implantación intrusiva de un significado sexual en el cuerpo femenino y en su subjetividad, mismo puede producir el efecto de una seducción que se articula con vergüenza y culpa. Esto ante la creencia de la niña, de que es ella la que seduce a su padre, de modo que será merecedora de castigo. La niña piensa a pesar de la complicidad del padre en el acto prohibido, que el padre ha sucumbido a la seducción, pero también puede pensarlo como corruptor, puesto que además de no resistirse, hizo todo para ganarse el amor de su hija [4].

Para Dio Bleichmar [4], se espera que sea la madre quien promulgue la ley edípica ante los deseos incestuosos prohibidos, la madre registrará para la niña su fundamento moral; pero sólo si el padre valora a la madre, pues el factor de mayor importancia en la constitución del sentido de la feminidad de la niña, será una buena relación entre padre y madre. Si la niña puede observar en la interacción de la pareja, el valor que le atribuye el padre a la madre y al mismo tiempo su vínculo con el padre se presta como agente libidinizador-seductor, y no como abusador, ni seductor-histérico, no parece observarse el clásico complejo de castración en la niña.

CONCLUSIONES

El recorrido que efectuamos, da cuenta de varios aspectos de la función parental que conllevan a que la feminidad sea molesta y displacentera, así como se señalaron algunas pautas en el marco de dicha función parental que pueden contribuir al devenir de una feminidad más satisfactoria.

Pudimos advertir cómo el vínculo madre e hija está impregnado de una marcada ambivalencia. El Edipo de la niña pone en marcha la rivalidad madre-hija; la niña sentirá que puede hacer peligrar o suplantar a su madre y la madre temerá que su hija se usurpe su lugar. Del mismo modo, el que la madre reglamente la vida cotidiana de su hija y controle su sexualidad, puede operar para que se trastorne el vínculo entre ellas.

Pero el factor quizá de mayor importancia, que incrementa la hostilidad entre madre e hija y trae complicaciones a su relación; es el exceso de proximidad entre ambas y la dolorosa separación; no olvidemos lo difícil y complicado que resulta el corte de la dualidad madre-hija. Una amenaza de fusión o dependencia siempre estará latente. A las madres se les dificulta experimentar a sus hijas como separadas y diferentes, en tanto

son del mismo género y la atracción hacía la primitiva relación con la madre, siempre estará activa. No es casualidad que las mujeres sigan inmersas en una narcisización del apego, en donde lo más temido en la niña o en la mujer, es la falta de aprobación y la amenaza de la pérdida de amor; que acaso mantiene a la dependencia, como es el rasgo más característico de las mujeres. Así, el estrago de la separación se puede presentar en los momentos donde el ser mujer se pone en escena, y en todas las fases de desarrollo, la mujer intentará desprenderse de esa adhesión con la madre, intentará con empeño lograr discriminarse, de ello dependerá el futuro de su constitución femenina.

Pues bien, sin querer ser demasiado positivos, es indispensable que en la función materna, una madre haga factible la separación, le permita a su hija ser sujeto, y le permita virarse al padre. Se espera que a la niña, la eduque una madre que desde el inicio de una buena acogida; le trasmita enunciados de una femineidad valorizada, que implante en su subjetividad el agrado por ser mujer, enunciados que puedan dar a su femineidad una valía parecida a la que goza la masculinidad. Una madre que sea dadora de significados y de aclaraciones pertinentes para la valoración del sexo de su hija; una madre que no castigue, inhiba o estimule las manifestaciones de su sexualidad; para que ella acceda a un desarrollo libidinal genital sano y a la comprensión del papel complementario del hombre y la mujer. De este modo pueda propiciarse el orgullo y la serenidad de pertenecer al sexo femenino.

Ahora bien, la madre no podrá desempeñar su papel de forma íntegra, si ella no se encuentra valorizada por el padre, y que éste desempeñe un papel suficientemente válido, para que él pueda hacer la decisiva tarea de separar la relación diádica de la niña con la madre. A su vez el papel libidinal del padre es trascendental en la constitución de la heterosexualidad de la niña; él debe prestarse como agente libidinizador-seducor de su hija, pero la debe seducir en la justa medida. Ello sólo será posible, si el padre verbaliza adecuadamente la prohibición del incesto y valoriza la sexualidad de su hija. Es en gran medida esencial una adecuada función paterna para que la resolución edípica no se vea obstaculizada. O sea, una adecuada modulación de la atención selectiva del padre hacia su hija, con una distancia corporal necesaria y sin la presencia de celos paternos para que se asegure la castidad de la niña, de ser así, la niña podrá sentir

libremente las tensiones edípicas al no estar sometidas al peligro de una consumación incestuosa, la cual ella fantasea.

En cambio, cuando un padre tiene un comportamiento equivoco, es decir, un padre que es mayormente seductor, que desvaloriza a las mujeres, que es ausente o indiferente; existe la posibilidad de que a la niña los hombres le provoquen miedo, desconfianza y envidia, pero sobre todo la falta de resolución edípica.

No quisiéramos dejar de señalar que al igual que la función parental, el vínculo de pareja de los padres, terminan siendo determinante para la aparición o no de conflictos psíquicos en la subjetividad femenina; una buena relación de pareja entre los padres, es otro factor relevante en la constitución del sentido de la feminidad de la niña; vale decir, permite que la niña sueñe con un hombre a imagen su padre y se identifique positivamente su madre.

Consideramos que la difícil tarea de la función parental, podría ser menos compleja, si los mismos padres y el sistema genérico cultural, permitieran a las niñas identificarse más con el padre, como ocurre en el caso del varón, de ésta forma las relaciones asimétricas entre los sexos serían menos desfavorables, y por tanto ser mujer no generaría malestar y displacer en nuestra cultura más allá de lo estrictamente necesario, aquel malestar que acontece por las diferencias de los sexos, diferencia que es fundante en la constitución de la subjetividad.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] FREUD, S. (1932). 33ª conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [3] FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.
- [5] AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la Interpretación. Del Pictograma al Enunciado. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.

- [6] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. España: Biblioteca nueva
- [7] NAVARRO, D. (2007). Psicoanálisis y feminidad. El vínculo madre e hija. Revista Cuestiones de género: De la igualdad y la diferencia. (2), 169-178. Disponible en: <http://revpubli.unileon.es/ojs/index.php/cuestionesdegénero/article/view/3878/2748>
- [8] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [9] ASTORGA, V. (2009). La mujer fálica. En Género y psicoanálisis. En: Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [10] MEJORADA, L. (2009). La mujer metonimia. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [11] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós. 2001.
- [12] MC DOUGALL, J. (1998). "Las mil y una caras de eros" La sexualidad humana en búsqueda de soluciones. Buenos Aires: Paidós.
- [13] GREEN, A. (1986). De locuras privadas. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.
- [14] FREUD, S. (1924). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [15] SAAL, F. (1981). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En: A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud. México: Siglo XXI, 2015.
- [16] FREUD, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del Yo. O.C. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [17] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.